

La España imaginada por Américo Castro

Eugenio Asensio, *La España imaginada por Américo Castro*. Editorial «El Albr», Barcelona, 1976.

PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

Este libro de Asensio que vamos a analizar es un comentario crítico a la interpretación del pasado nacional propuesta por Américo Castro en *La España en su historia*, *Cristianos, moros, judíos* (1948), y más definitivamente en *La realidad histórica de España* (1954), que amplía, rehace y recarga de aparato científico el primitivo ensayo. Logró vasta resonancia y sigue siendo objeto de caliente polémica. Para comprender la sorpresa inicial, los aplausos y denigraciones de que ha sido objeto, conviene indicar sucintamente la novedad de sus perspectivas. Parecían tan innovadoras que ciertos entusiastas las calificaron de revolución copernicana. Según Castro, la invasión árabe de 711 cambió la órbita de la vida de España, que, en adelante, gravitaría, no hacia la romanidad y el europeísmo, sino hacia el semitismo, hacia las fuerzas astrales de moros y judíos.

Y así concibió la invasión árabe y sus secuelas como un cambio radical de nuestra identidad, como un rompimiento total con el pasado previo. Ni el ibero celta, ni la colonización romana, ni el dominio de los godos habían impregnado para siempre la estructura vital de España. La ruptura entre la Hispania latina o gótica y la España medieval era decisiva, estaban separadas por un abismo. Esta nueva España había nacido en las agonías de las invasiones y derrotas; había crecido en la repulsa, compatible con la fascinación, de la brillante civilización árabe, y había fijado su personalidad definitiva en la convivencia o simbiosis de cristianos, moros y judíos. La escisión de las tres castas que integran la España medieval fue un tremendo desastre moral y material. España, geográficamente, pertenecía a Europa, pero tanto su estilo de vida como su contexto de valores tenían poco de común con el Occidente. La cultura, el arte y hasta la religión estaban saturadas de orientalismo. Los géneros literarios más castizos, a través de los conversos que los crearon, hundían sus raíces en el suelo del espíritu hebreo que los fecundaba.

Muchos lectores poco críticos aceptaron esta perspectiva invertida como la última palabra de la historiografía. El pesimismo, la exaltación de las minorías perseguidas entonaba con el estado de ánimo de una generación escarmentada. Los profesionales de la historia acogieron con reservas, silencios intencionados y rectificaciones parciales la nueva interpretación. La rectificación de mayor alcance salió de la pluma del eminente medievalista residente en Buenos Aires Claudio Sánchez-Albornoz. Don Claudio, en las 1.500 páginas de *España*, un *enigma histórico* (1956), rebatía las bases de la teoría de Castro. Defendió —y a mi entender probó— no sólo la hispanidad de los visigodos, sino la españolidad de los moros de la Península, que, en ciertos casos, parecen hispanos disfrazados. Resaltó los errores y

lagunas de su antiguo colega en el campo de las instituciones y las leyes. Por último, trazó y documentó las líneas de la continuidad española.

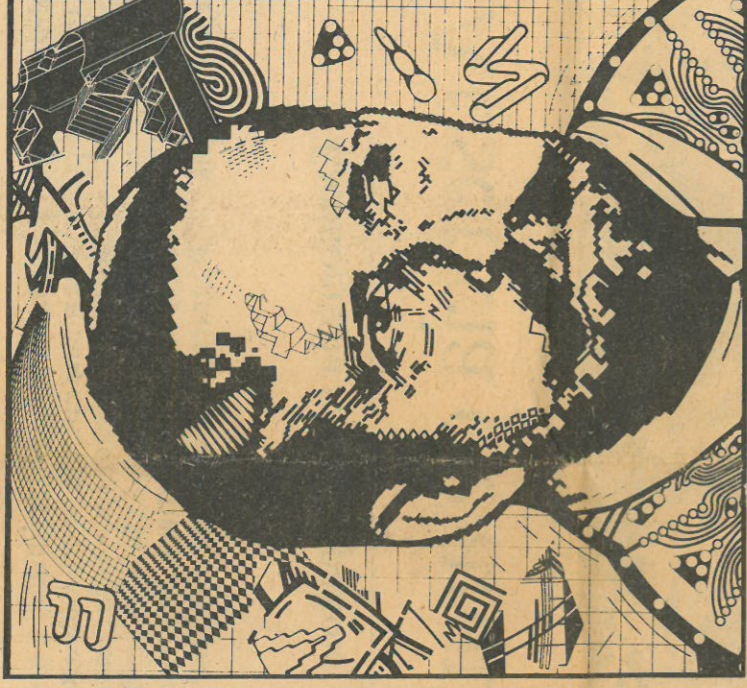
Condena a los historiadores

Castro reaccionó con exasperación desdeñosa y creciente. En 1965 condenaba globalmente a los historiadores españoles, según él obcecados e inaccesibles a la razón y la experiencia. La historia de España —afirmaba— era una maraña de leyendas y errores. En consecuencia amenazaba con llevar el pleito desde la universidad a la plaza pública, para que los no profesionales sentenciasen.

Asensio procede no de la historia estricta y profesional, sino del campo de los estudios literarios, y se mueve con seguridad en esa zona donde entran en contacto ideas y letras. Es acaso la zona privilegiada y característica de la actividad de Castro, el cual invade continuamente los dominios de la literatura y la filosofía. Igual que Spengler, parece pensar que toda auténtica reflexión histórica es auténtica filosofía, o sólo labor de hormigas». En consecuencia, construye para aplicarla a la realidad española una teoría parcialmente original, con sus tecnicismos: morada vital, vividura, etcétera. En lo que toca a la literatura, ningún historiador español le ha pagado tan constante tributo. Buena parte de su obra consiste en un comentario de textos, ingeniosamente interpretados para mostrar, no ya la originalidad de cada autor, sino la impregnación oriental de la sensibilidad española. Asensio, de acuerdo con sus gustos personales, analiza con preferencia esos aspectos: el sistema de filología de la historia, las perspectivas ideológicas, el arte expositivo, los métodos de prueba.

La terna de ensayos que componen *La España imaginada* va precedida de una introducción en que Asensio anticipa algunas de sus conclusiones. Contempla *La realidad histórica de España* como síntesis de tres libros: una teoría de la historia, una reconstrucción de la España de las tres castas y una polémica permanente con los que, exaltando la unificación y la continuidad nacional, ven la apoteosis de la Reconquista en el triunfo de los opresores cristianos. Para Asensio, Castro, lejos de ser un historiador riguroso, es el arquitecto de una construcción apriorística: su obra es fundamentalmente un rito de *catarsis* o purificación nacional, un ataque a los maleficios del casticismo, que ha desviado de su rumbo al pueblo de España.

El primer ensayo empieza estudiando las fuentes, los orígenes españoles de ciertos temas centrales de Castro, para confrontar, luego, su sistema historiográfico con los sistemas de los tres filósofos extranjeros que más han influido en él: Dilthey, Spengler, Toynbee. Señala ciertas coincidencias con Menéndez Pelayo, su adversario electivo, al que combate como campeón de la romanidad, aunque adopte su tesis de la primacía de lo religioso en la formación de España. Pone de



Américo Castro

NICOLAS GLESS

relieve su actitud equívoca frente a Ortega y Gasset, al que tanto había admirado. Se pregunta si la idea central de Castro no está en germen en el prólogo que Unamuno puso a *El Zohar en la España musulmana*, de Ariel Ben-tor, donde celebra *La España eterna, la de los tres pueblos*, cristianos, moros y judíos, unidos en una común religiosidad. Respecto a la teoría historiográfica, Asensio comprueba la deuda considerable con Dilthey, citado y elogiado por Castro, y con Spengler y Toynbee, a los que nunca menciona. Detengámonos un instante en el caso de Spengler, al que toma y desarrolla el concepto de *seudomorfosis*, central en su sistema. Debido a la *seudomorfosis*, la energía vital de España cristaliza en formas exteriores que no corresponden a su interioridad. Un europeísmo feroz recubre y enmascara vivencias ajenas a Europa. Aunque sólo use dos veces el vocablo, Asensio emplea *seudomorfosis* en casi todos sus textos, aplicando el concepto a las instituciones y al arte. La Inquisición hunde sus raíces en las aljamas hebraicas, la guerra santa y los Ordenes militares en el Islam. La mística y la picaresca son creaciones semíticas de apariencia cristiana. Más aún, España, «vista a cierta luz, aparece como una *seudomorfosis*».

Identificación gratuita

Castro amalgama historia y literatura. Si de una parte aprovecha la poesía y la autobiografía como el material más valioso de la historia, de otra su exposición aspira a la elegancia formal de un escrito de arte. Su poder de asociación, su fecundidad imaginativa, su misma afición al rasgo agudo, a la paradoja, dan a sus páginas brío y movimiento. Pero, frecuentemente, su desmesura polémica y su genio hiperbólico le arrastran a la teatralidad, a la retórica estridente, a la inflación de argumentos muy endeble. Posee fuerza dramática, aunque carezca de matices y humor.

Los hebreos, protagonistas

La pasión de Castro tiende a la invectiva o el panegírico cuando presenta el problema de los hebreos, a quienes asigna papel de protagonistas en la economía y la cultura. Hasta intenta, sin alegar prueba valedera, convertir a los judíos que rodean a Alfonso el Sabio en creadores de la prosa castellana. Frente a sus descomunales exageraciones, Asensio pone de manifiesto las raíces eu-

des de conducta, sentimiento y pensamiento en personas y grupos cuya situación social, jerarquía y mestizaje, cuya educación, estilo de vida y código de comportamiento son polarmente diferentes. Engloba a cuantos tienen un hilo de raza, desde el recién salido de la judería hasta la mayoría de las aristocracias, hasta los mismos reyes Fernando e Isabel, por cuyas venas corrían gotas de sangre judía.

Limpieza de sangre

El ensayo final polemiza con Sicroff, profesor norteamericano de la escuela de Castro y autor de una tesis sobre los estatutos de limpieza. Asensio retoma y corrobora con nuevos datos su criterio sobre el desdén del trabajo y sobre los reyes milagrosos. Estudiaría la situación de escritores «conversos» como Luis de León y Mateo Alemán. Pero la parte más nutrida es la que discute la historia y significación de los estatutos de limpieza de sangre. Si en su origen este racismo religioso nació de la desconfianza en la sinceridad de las conversiones y sirvió a la movilidad social y la ascensión de los villanos, acabó por transformarse en instrumentos de lucha social y económica, en arma clasista esgrimida por labradores y nobleza pobre. Sus más ardientes defensores, los condelegados de San Bartolomé e imitadores, escalaron, gracias al mito de la limpieza, los puestos de la Iglesia y la Administración, neutralizaron a la alta nobleza y dignificaron al villanaje.

Asensio admira la monumentalidad de la historia de Castro, aunque condena la arbitrariedad de su método, el apriorismo de su selección radical de los hechos. Piensa que es más que un mito emocional y derrotista, y que a pesar de sus contradicciones y errores, obligará a los futuros historiadores a incluir en su imagen del pasado vastos segmentos de vida orillados o menospreciados por los historiadores nacionales.

El libro de Asensio aporta una seria contribución al candente problema de la originalidad y el europeísmo de nuestro país. Expone su posición en una prosa tersa y sobria que no carece de dignidad literaria. Muchas de sus observaciones y sugerencias merecían ser desarrolladas en monografía especial. Por ejemplo, documenta cómo Baroja y Urribe, por boca de personajes imaginativos, habían formulado anticipaciones de Castro acerca de Cervantes hebreo o la literatura clásica española saturada de semitismo. Yo creo que valdría la pena de escribir un libro sobre los precursores de *España en su historia*. Se vería que su línea polémica es menos revolucionaria de lo que se piensa y que está conectada no sólo con preocupaciones modernas, sino con una corriente que atraviesa la cultura española desde el romanticismo.

La ya excesiva extensión de este artículo me obliga a resumir en breves líneas la semblanza de Asensio que hubiera deseado trazar como investigador, destinada al gran público.

Por el volumen de su obra, por el rigor de sus métodos de trabajo y por las novedades aportadas a la historia de nuestras letras, pocos estudiosos pueden abordar el estudio de esos problemas históricos con la autoridad universalmente reconocida de que goza Eugenio Asensio.